V Domingo de Pascua, Ciclo C

Nuestra marca de fábrica

"Dijo Jesús: La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os améis unos a otros". San Juan, cap.13.

Las telas, la vajilla, el cristal, las joyas, el vestido, el vehículo y el bolígrafo. Todo lo queremos "de marca".

¿Arribismo, ostentación, refinamiento, convención social, manipulación? Tal vez...

Sin embargo muchas veces la marca no es garantía de calidad. Se dan imitaciones y falsificaciones que engañan al consumidor, deterioran la imagen del producto y desacreditan al fabricante.

También las personas son de marca: El apellido, el título, el país de origen, la región, el oficio, la profesión y hasta las costumbres y las pertenencias: Botero, o Jaramillo. El magistrado, el inglés, el sureño, el plomero, el abogado, el borracho, el terrateniente. Fue en Antioquía –nos narran los Hechos de los Apóstoles– donde por primera vez los discípulos del Señor recibieron el nombre de "cristianos".

Esta es nuestra marca de fábrica. La cual exige participar en la fracción del pan, vivir con alegría y sencillez, compartir con los que no tienen. En resumen, amarnos los unos a los otros.

Pero, como en los productos manufacturados, también entre los cristianos se dan imitaciones, y con frecuencia, falsificaciones.

El cristiano de imitación carece de calidad. Es desechable, se deteriora con el tiempo. Al menor conflicto, frente a condiciones difíciles, claudica, dictamina que la Iglesia exige demasiado, y que definitivamente el cristianismo es obsoleto. Incapaz de ajustar su conducta a la moral, se fabrica una moral para su conducta. Es el suyo un cristianismo de fachada. Sólo tiene con el cristiano genuino un lejano parecido.

El cristiano falsificado es aún más peligroso. Peca contra el amor. Se siente dueño de la verdad, rechaza, condena, ignora, margina. No espera, no cree, no comprende, no perdona, no sonríe, no acompaña. Da gracias a Dios todos los días, porque no es como los demás hombres.

Los no cristianos y una juventud educada en la crítica y en la investigación, detectan la falsedad del producto. Entonces los cristianos pierden imagen, engañan y desacreditan el nombre del Señor.

Por esto, la comunidad cristiana de hoy, con sus tradiciones seculares, su historia, sus estructuras, su ciencia, sus obras de arte, su liturgia, su etiqueta... nada vale, si no es un signo vivo de amor. Nada grita su voz, si no alcanza a llamar a los pecadores. Ninguna

importancia tienen todos sus signos, si no significan misericordia, paz, reconciliación, comunión, compañía.

Nada es la Iglesia, si no se traduce en actitudes de hombres y mujeres que se aman. Ser discípulo del Señor es sacar, de lo más hondo del corazón, el amor que Dios allí sembró y repartirlo generosamente a los hermanos. Cada uno de nosotros descubre a quién, cuándo, donde, por qué, y para qué. Este amor auténtico, sentido y ejercido es nuestra marca de fábrica.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.